

9-11-93

LA CRÓNICA

El medio punto, el limbo

ARCADI ESPADA

Escribía mi colega **Joan Barril**, hace tiempo, en estas páginas, que Cataluña es el país donde de todas las cosas se hacen a medias. Sin duda, es un rasgo de carácter. Antiguo y vigente. Durará probablemente hasta el siglo XXI. Desde hace, al menos, un par de años el alcalde **Maragall** explica a toda persona de confianza que está dispuesto a *jouer le rôle*; que está dispuesto, en suma, a liderar la renovación del catalanismo. Que eso puede traducirse en las próximas elecciones autonómicas o en las siguientes. Pero que forma parte de su voluntad. Para llevar a cabo esa renovación, Maragall ha expuesto dos condiciones: que su partido no puede permanecer al margen de ese proceso, pero que con el único impulso de su partido ese proceso no madurará positivamente. De esto último surge su propuesta de una *acció catalana*. La referencia histórica era plausible al menos por dos características: Maragall observa la sociedad catalana como una sociedad de familias —en términos inexorablemente burgueses, acaso irreales— y una sociedad de familias fue al fin y al cabo la *Acció Catalana* de la República. Y dos: *Acció Ca-*

talana fue el resultado de una escisión —la escisión de la *Lliga*— y el alcalde sabe que sin una escisión en el vasto mundo del pujolismo su alternativa es irrealizable.

Así, cuando el alcalde, en la primavera de este año, decide encargarle a **Raventós** —consejero delegado, recordemos, de *Iniciativas, SA*, y factótum del *Plan Estratégico Barcelona 2000*— que explore las posibilidades de traducir en alguna realidad organizativa la *acció catalana* está pensando en términos inequívocamente políticos. No era, por lo demás, la primera persona que recibía ese encargo, pero sí la primera que lo aceptó. *Catalunya Segle XXI* nacía, así, cosida al maragallismo, a su alternativa ideológica y a sus posibilidades electorales. Y así fue presentada en la veintena larga de conversaciones que sus promotores han mantenido durante estos últimos meses.

- Ayer, los cuatro promotores que presentaron el club trataron de desligarlo del maragallismo. Están, lógicamente, en su derecho. Oyendo en especial a **Moragas** y a **Broggi** —el primero, arquitecto hijo y nieto de arquitecto, el segundo, ex consejero de-

legado del *Diari de Barcelona*, amigo personal de Maragall y todavía más amigo de **Narcís Serra**, y los dos militantes del PSUC en su momento— parecía que la recreación de la *Assemblea de Catalunya* era inminente. Una *Assemblea* sin franquismo, es decir, sin sentido. La misma ausencia de sentido —político— que *Catalunya Segle XXI* adopta sin Maragall, sin maragallismo: una tertulia, un foro, un salón de Sant Gervasi abierto y a precios levemente populares.

Todo indica que Maragall se baja del carro. Nada crucial ha sucedido que justifique su cambio de actitud. Nada políticamente crucial. Solamente que sus proyectos, los miles de minutos invertidos en preparar el futuro, en soñar con el futuro, se han traducido, por una vez, en negro sobre blanco. Se han escrito, se han descrito, se ha opinado sobre ellos, han recibido, en suma, la herida de la luz. Y se han convertido, resumiendo, en todo eso que los cuatro promotores trataron de explicar a los periodistas: el medio punto. Ni una tertulia, ni un partido, ni un congreso, ni una *assemblea*. Algo a medias.